

*Pintura moderna española*

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ CASADO DEL ALISAL

EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1885



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—  
1885

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ CASADO DEL ALISAL

EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1885



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1885



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ CASADO DEL ALISAL



## SEÑORES ACADÉMICOS:

Los que, por nuestra profesión y nuestros hábitos, sólo hemos aprendido como medio de expresión de nuestras ideas el lenguaje de la paleta ó del cincel, nos vemos obligados, en casos como el presente, á protestar de nuestra falta de costumbre y de nuestra insuficiencia para empresas literarias; y si, antes que yo, ingenios respetables han aplaudido á vuestra bondad y á vuestra tolerancia en ocasiones análogas, comprenderéis con cuánto anhelo haré yo este mismo llamamiento á vuestra generosidad y á vuestra cortesía, al proponerme disertar ante vosotros, no ya sobre los grandes problemas del arte ni sobre trascendentales cuestiones estéticas, sino sencillamente sobre mis humildes impresiones acerca de la moderna pintura española, tan próspera y tan floreciente, y acerca de nuestros actuales pintores; haciendo, más que un discurso, un saludo cariñoso y un homenaje al talento de mis colegas, que han sido á la vez mis alegres com-

pañeros de juventud, los unos, y, todos, mis queridos amigos. Pero antes de cumplir ese deber de justicia y de cariño con los vivos, principiaré por tributar á un muerto el testimonio de mi consideración respetuosa. Yo, señores, ausente de mi patria largos años, no tuve la fortuna de conocer al ilustrado Académico Sr. Gato de Lema, á quien vengo á reemplazar entre vosotros, ni la ocasión de admirar sus obras; pero juzgando de su valer como ingenio y como hombre por el afectuoso recuerdo que en vuestra memoria y en vuestro corazón conserváis los que tuvisteis la suerte de conocerle, uno á vuestro dolor el mío, y consagro á la memoria de vuestro compañero, un saludo de hermano; porque, sublime ó modesta, como quiera que haya sido su misión en el terreno del arte, tan dignos son de aplauso y de respeto los afortunados que llegan á la meta, como los que, sin ruido y sin alarde, llevan su piedra al montón.

Al agradeceros, Sres. Académicos, la honra de mi elección para ocupar un puesto entre vosotros, os doy la seguridad de que he de poner al servicio de esta ilustre Corporación, si no otras fuerzas, toda la buena fe y la buena voluntad con que yo trato siempre de cumplir mis deberes, que no de otro modo correspondería dignamente al honor con que me habéis distinguido.

Y para daros, desde luego, una prueba de ello, comenzaré por cumplir la prescripción reglamentaria, desenvolviendo en esta solemnidad el tema que os he anunciado, con nuevas y sinceras protestas de mi insuficiencia, y puesta sólo mi confianza en vuestra generosa hidalguía.

Lejos, señores, está ya de nosotros el siglo xvii, que pasó legando á nuestra patria los monumentos inmortales

de Arte y Literatura, que fueron el manto de púrpura con que encubrió su decadencia el gigantesco coloso que, desde el siglo xv, brillara ante el mundo con los esplendores del triunfo, del genio y de la prosperidad; y Velázquez, y Murillo, y Ribera, y Zurbarán, y Cano, como los grandes poetas, sus ilustres coetáneos, última expresión de nuestra grandeza secular, parece como que agotaron las fuerzas productoras de la naturaleza, esterilizándola después de tan esforzado producir; y Carreño, y Coello, en quienes alienta aún el espíritu de los buenos tiempos, no dejando tras de sí discípulos ni continuadores de las hermosas pasadas tradiciones, abren la puerta al vacío y al marasmo intelectual en oscura noche de olvido de la belleza plástica y de la belleza rítmica, y de todas las caballerescas idealidades de la antigua sociedad española; noche cuyas sombras nublan nuestro suelo en un largo período de decadencia; en el cual, no sólo el arte, la patria entera yacía inerte: el bastardeo de sus instituciones, sus reveses, la emigración constante de sus hijos, que, por espacio de siglos, derramaron su sangre en descubrimientos y en conquistas, la habían enflaquecido y desangrado; sucediendo á los antiguos y hermosos ideales de patria, religión y gloria, que tantos heroísmos engendraron, un espíritu supersticioso y apocado, y una absoluta falta de fe y de fuerza, que no permitía al hombre elevarse á las regiones donde se bebe la inspiración de lo hermoso y de lo infinito.

Nada, en este período de tiempo, logró romper el soñoliento abandono en que yacían nuestros artistas; ni los halagos de la corte, que atraía á su seno á los pintores extranjeros colmándoles de favores; ni las mercedes de

los magnates y de las comunidades religiosas, tan poderosas entonces, lograron, con sus estímulos, despertar pintor alguno de fuerza y de genio tales, que supiese atar el hilo del presente al hilo del espléndido pasado. Pero todo tiene su fin, y, como nuncio de mejores tiempos, brilla una viva luz en la mitad del siglo XVIII, que viene á sorprender al mundo de las artes, con la revelación de un arte imprevisto, impregnado de una personalidad prodigiosa y originalísima: **Goya**, que ya recogiendo las perdidas tradiciones, ó merced á la poderosa intuición de su alma, surge con fantasía y con fecundia inauditas, á romper las cadenas de la rutina; bastando, por sí solo, á ilustrar el último período de aquel siglo, con un arte nuevo y extraño, que, cuanto más se discute y más se estudia, con más fuerza se impone, por su acento de verdad, por los arranques de su genialidad vigorosa y por su inspiración, reflejo de un alma intencionada y férrea, dotada de todas las energías de su raza aragonesa, que poco después se dió al mundo en espectáculo en los gloriosos muros de la inmortal Zaragoza. Mas, pintor tan personal y tan inimitable, en sus aciertos magníficos, como en sus extrañas y sublimes excentricidades, no podía tener imitadores, ni pudo fundar Escuela: su genio se consumió con él; pero, coincidiendo con los últimos años de su larga y laboriosa existencia, y como si la reverberación de su genio sirviera de norte á otros ingenios que, por distintos caminos, buscaban el renacimiento de la belleza artística, llegaron entre nosotros los principios de un arte nuevo, que intentaba salir de las viejas corrientes, reemplazando sus gastados moldes con el estudio de la belleza griega y con las robustas inspiraciones de la clásica Roma;

con cuyos principios salvadores se iba venciendo el arte amanerado y enfermizo, entronizado en la caduca Europa de aquellos tiempos precursores de la revolución francesa. Y en pos de aquellos maestros que, importándonos ideas regeneradoras, nos trajeron la luz que había de iluminar nuestro camino; llegaron sus hijos y sus discípulos, que, aplicándose con fe á la enseñanza y á la propagación del buen gusto en el estudio de la pintura, valiéndose de métodos sencillos y de modelos hasta entonces no comprendidos ó desdeñosamente olvidados, abrieron ancho campo á la ambición de saber, que, con su estímulo y ejemplo, se despertó en la ardiente juventud de entonces, de que yo formaba parte, y en la cual habían de germinar las semillas de tan generosa é inteligente educación artística.

Data, señores, el moderno impulso de la pintura española, del aliento que prestó á nuestros maestros el renacimiento romántico de su tiempo, al que no sólo las Bellas Artes debieron su feliz desarrollo, sino que también nuestra Literatura y nuestra Política le es deudora de páginas y de nombres gloriosos, que hoy rodeamos de legítima y merecida admiración, ya compartan con nosotros el festín de la vida, ó ya vivan la vida eterna rodeados de sus laureles y del respeto de todos. Y ya que hablamos de este período del renacimiento romántico, permitid á mi espíritu una legítima expansión: los nombres de los maestros á quienes nuestros pintores deben el progreso en que victoriosamente viven, merced á los buenos principios de ellos aprendidos, desarrollados más tarde al calor de su alma, presentes están en la memoria de todos, y, algunos, presentes también en este acto so-

lemne; no heriré su modestia citando esos nombres, de todos conocidos, como no heriré tampoco la de mi querido maestro, recordando, para honra suya, los de tantos artistas insignes, que ayer fueron sus discípulos y hoy son gloria del arte; pero como hay en la naturaleza humana sentimientos é impulsos, cuyo calor yo me complazco en sentir, aun estando ya en el dintel de la vejez, yo faltaría á los deberes que tales sentimientos me imponen, si no levantase mi voz agradecida desde este sitio y en estos momentos, para ofrecer á D. Federico de Madrazo, en nombre de toda una generación de pintores, el testimonio de consideración y de cariño de sus discípulos.

Ahora, señores, permitidme que, á la ligera, haga algunas consideraciones sobre la Pintura española moderna, criticando también algunas de sus tendencias, que, apasionado admirador de su desarrollo y del espíritu que encarna, todavía quisiera yo verla volar por regiones más altas y más distantes de la impura tierra, que pasión no quita conocimiento, y á la manera, como el astrónomo, sin dejar de sentirse maravillado por el esplendor de la luz solar, estudia y analiza las manchas que tiene el sol, así yo indicaré lo que de incompleto encuentro en este fecundo renacimiento de nuestro Arte, por el afán que siento de verle brillar, regenerador y grande sin rival. Cierto es que los modernos tiempos, tan exuberantes de progreso material y tan atentos á mejorar las condiciones de la vida, ofrecen poco espacio en su actividad febril para pensar en los ideales sublimes, que fueron la vida espiritual de otros tiempos y de otras sociedades, y de los cuales son testimonio elocuente el *Parthenon*, el *Foro*

*romano* y la *Catedral gótica*; pero no es menos cierto que el artista, en su misión civilizadora, debe anticiparse y sobreponerse á las deficiencias de su tiempo; y rompiendo las ligaduras que le aferran á lo terrenal, debe predicar, con el asiduo trabajo de su obra, el culto de lo poético, de lo bello y de lo grande.

Yo no hablaré del Arte español en general, pero diré, sí, que la producción de los pintores españoles suele carecer de la elevación que presta al trabajo artístico el concepto meditado y profundo y el sentimiento de lo ideal, encarnando idea y forma, principal encanto y fuerza de trascendencia de la obra de arte; y diré de nuestra moderna pintura, tomada en su conjunto, que busca con excesivo empeño los efectos de una plástica picante y bulliciosa y la victoria del procedimiento, destinada tan solo al halago de los sentidos; y es que nuestros pintores, por huir del amaneramiento del siglo que nos precedió y de la carencia de vida y de sentido humano de aquel cúmulo de insípidas producciones, que perseguían un ideal fingido fuera de todo sentimiento de la naturaleza, han tropezado con frecuencia en el escollo opuesto: y atentos sólo á dar á sus obras toda la realidad posible, han llegado á veces al fatal extremo de reducir el arte á la imitación grosera de la forma externa y á la reproducción mecánica y servil de los accidentes del modelo, sin aspirar á penetrar en su espíritu y en su esencia, para llegar á la expresión de su alma y de su vida interna, por los medios intuitivos que Dios puso en la mente del pintor, sin lo cual jamás llegará el artista á dominar al espectador, compenetrándole de la idea ó del sentimiento que presidió á la creación de su obra. Y después de estas bre-

ves indicaciones, expuestas con la llaneza de quien no pretende dogmatizar en materias tan hondas, ni por educación, ni por temperamento, consignaré también un hecho que quita al arte patrio algo de su unidad, de su fisonomía nacional y de su influencia en las costumbres, en la riqueza y en la cultura patrias; y este hecho, consecuencia de nuestro estado social, es el fraccionamiento y la emigración en que viven nuestros pintores, diseminados y divididos en grupos y en naciones diferentes, como si sobre ellos pesara la maldición del pueblo de Israel, condenado por la divina justicia á no tener nunca patria.

¿Obedecerá este hecho á leyes que permitan razonarlo?

En todo caso, de este fraccionamiento y de esta separación, nacen los caracteres diferentes y las encontradas tendencias que se observan en la pintura española, según que sus autores respiran las corrientes de la idea dominante en Roma, en Paris ó en Madrid, centros predilectos de nuestros pintores, notándose, sin embargo, por fortuna, en todas sus obras, el sello del temperamento español, á través de la especial aspiración artística que caracteriza á cada uno de estos centros.

Dan su preferencia á Paris, los que para el estudio y el trabajo buscan el bullicioso estímulo de aquella vida activa y elegante, centro de todos los refinamientos y de todas las facilidades; inspirándose en la fiebre de trabajo que los rodea, y que mantiene vivo su espíritu por el estímulo de los altos precios y de la grande estimación que allí alcanza la producción artística, solicitada y cortejada por amantes del arte, por negociantes de obras pictóricas y por ostentosos capitalistas; fuerzas cuyo conjunto forma

una atmósfera que mantiene activa en ellos la pasión de producir y la pasión de ganar: y no digo yo con esto que falten allí centros de superior cultura y artistas convencidos que amen el arte y le cultiven con la pasión de un sacerdocio, no; que en los grandes Maestros franceses de este siglo, tan fecundos y tan grandes mantenedores de la dignidad del arte, y cuyas obras todos hemos admirado y estudiado, han aprendido también nuestros pintores los medios y el camino, templando y desarrollando en ellos las fuerzas con que hoy sostienen con tanta honra el pabellón español.

A Roma dan la preferencia los que buscan un centro de vida tranquilo y severo, donde reina la calma necesaria y propicia á la meditación, y en cuyo ambiente pueden condensarse con mayor intensidad y traducirse en hechos, las mil fantasías que llenan el alma del artista; los que aman el arte por el arte, los que ven en la eterna ciudad un manantial perenne de inspiración y de poesía; y en sus ruinas, en sus templos y en sus monumentos todos, respiran los testimonios elocuentes de las grandes civilizaciones que esmaltan de recuerdos el suelo de Roma y de la Italia entera, patria de los artistas de todos los tiempos.

Y, por último, fijan sus reales en España, y con preferencia en Madrid, los pintores que, amando apasionadamente el arte, aman su patria aún más, y el calor de su familia, y el cielo azul, y el esplendor de su sol, lejos del cual sienten la fiebre de la ausencia, la negra nostalgia que les hace suspirar por esta patria adorada, que con todas sus convulsiones, con todas sus desgracias, con todo el atraso de sus costumbres, y con toda la falta de

estímulos, y de recompensas, y de estimación en que el artista vive, es para ciertos temperamentos una necesidad ardiente, como lo es el aire á la vida, y satisfechos de vivir la vida nacional, en donde brillan á veces destellos de nobleza, rasgos de hidalguía y arranques imprevistos de ingenio, sacrifican gustosos los provechos seguros de otros países y aun sus aspiraciones artísticas, ante el halago infinito de reposar en el seno de la madre, olvidando en su amante regazo el vacío de esta nuestra atmósfera, tan ingrata para la vida del arte.

Y de este modo tenemos, señores, un arte, que participando de la unidad que le presta la educación común, realizada en nuestras escuelas y ante los maestros incomparables que llenan nuestro Museo y nuestros templos, y de la unidad de nuestra sangre latina tan apta para las artes de la imaginación, y de la coloración especial con que nuestro sol baña el ambiente y que el pintor español lleva siempre dentro de su retina; tenemos, señores, digo, en medio de esta unidad, que es como el bautismo de la patria, la variedad que imprime á la obra el centro en que se produce: y así vemos en los cuadros de los que en París residen, el acento de la elegancia y el sabor esencialmente moderno, con su tinte de banal amonidad y con sus arranques de febril inspiración; como tenemos el arte de Roma, acusando la seriedad y el reposo de aquel pueblo de tumbas y palacios, y la aspiración al gran arte y á los conceptos meditados y realizados sin apresuramiento.

En tanto que, los que aquí vivimos, producimos un arte ecléctico y vario en su tendencia y en su fisonomía, hijo del esfuerzo brioso individual---que esfuerzo y gran-

de aliento es menester para conservar en el alma el entusiasmo artístico en este Madrid, donde ni monumentos, ni recuerdos de historia, despiertan el espíritu á ideas levantadas, que rompan la trivial atmósfera de vida callejera, de asfixiantes cafés y de entusiasmos taurinos, que son los rasgos salientes de este pueblo, — y así solemos ver á través de los encantos de la paleta castiza del arte nuestro, los desfallecimientos y el cansancio de la lucha que el pintor tiene que sostener, donde, carcciendo de los medios y del ambiente necesarios, agota á veces su fuerza en la lucha de lo pequeño; y donde viviendo una vida de pobres estímulos y mal distribuidos, por nuestro espíritu de amable compadrazgo, vive además bajo la presión de una crítica, la más de las veces injusta y apasionada, que así prodiga títulos pomposos al ignorante osado, como vibra sus accrados golpes al talento y á las obras dignas de aplauso y de respeto.

Pero, señores, en medio de estos lunares y de estas varias mancras de ser, ¡qué cuadro tan consolador ofrece hoy en su conjunto esa brillante pléyade de pintores que aquí ó allá levantan tan alto el crédito de la patria, sosteniendo victoriosos el pabellón de la pintura en pueblos como aquellos, que no consideran el arte como un agradable pasatiempo, sino como una de las más nobles y más altas manifestaciones del ingenio humano y uno de los más poderosos motores de la civilización y la cultura! ¡Queréis, señores, ver comprobado este aserto mío? Pues haced conmigo un ligero paseo alrededor de nuestros pintores, que yo os aseguro que no os fatigaréis, porque con ello vais á quedar compensados de las molestias de escucharme.

Dignos sucesores de **Fortuny** y de **Rosales**, cuyos nombres, si despiertan en todo español noble movimiento de orgullo, resuenan en mi alma con singular amor, por la sincera y antigua amistad que con ellos me unió en vida, tenemos entre nosotros; sucesores he dicho, que no continuadores, que estos ingenios tan altos y tan personales, no han dejado tras de sí familias de artistas, pero nos han legado algo más importante, algo de más trascendencia; el camino más amplio y más iluminado, y un noble ejemplo en su laboriosidad sin límites y en su profundo amor al arte que cultivaron con tan ardiente fe para gloria de sus nombres y para gloria de España.

Tenemos en París á **Domingo**, organización de pintor maravillosa, colorista original de fina intención y de potencia creadora inagotable, varió en el estilo, sobrio ó vibrante según cuadra á su caprichosa fantasía,—que lo mismo aborda lo infinitamente pequeño y gracioso, que lo grande y magistral,—alma gemela del alma de **Fortuny** y gran maestro universalmente acatado. Gran maestro, también, y de raza feliz para las artes, es **Raimundo Madrazo**; reconocido como uno de los pintores de retrato más ilustres de nuestro tiempo y á quien pudiéramos llamar, por la distinción de su paleta, el **van Dyck** de nuestros días; que no sólo reproduciendo en tipo aislado las elegancias exquisitas de la mujer moderna, sino en la composición seria é intencionada, produce constantemente cuadros de incomparable hermosura, por la magia de su espontánea paleta y por la admirable intuición de su aristocrática naturaleza. **Rigo**, uno de los paisistas más considerados entre los grandes cultivadores de este

hermoso arte, que en los actuales tiempos ha llegado á un progreso hasta hoy desconocido, y cuyo talento, después de pasar por diversas fases, se ha creado, finalmente, una manera de interpretación de la naturaleza y un estilo personal de irresistible atracción, pareciendo sus paisajes, bañados en transparente luz, maravillosos esmaltes de rica pedrería. **Gisbert**, mi compañero inseparable al comenzar nuestra carrera artística, llena para él de ruidosos triunfos y de merecidos laureles, que, abandonando la pintura de historia, cultiva hoy un arte de amabilidad en que sin esfuerzo produce esmerados y bellísimos cuadros. **Jimenez Aranda**, que con superior talento trata escenas de nuestras costumbres nacionales, llenas de gracia cómica á veces, y á veces llenas de intención política, y que nos ha revelado recientemente sus altas facultades creadoras, en sus incomparables ilustraciones de los poemas del insigne poeta Núñez de Arce. **Ribera**, que ya en la reproducción de las escenas de la vida parisien, ya en las imitaciones de los maestros flamencos, ó en sus bustos de mujer, saturados de encanto femenino, aparece siempre como uno de los pintores de mayor fineza y más justa observación del modelo. **Escosura**, pintor fecundo y arqueólogo incansable, á quien ha valido una reputación europea la fineza de accesorios con que enriquece sus cuadros. **Pellicer**, cuyo firme y acertado lápiz determina con rasgos claros su siempre intencionado concepto. Y entre otros artistas que en París residen, y cuyos nombres y cualidades no enumero por no prolongar demasiado estas indicaciones, citaré tan sólo al gran dibujante **Vierge (Urrabieta)**, eclipsado recientemente á la vida del arte, por desgraciado accidente, y que deja

un gran vacío en el vasto campo que cultivó su lápiz, en su corta vida de trabajo, tan rica en exuberante producción.

Y mientras en París todos estos claros y notables ingenios, siempre en la brecha, nos mandan de cuando en cuando, en alas de la fama, las noticias de sus triunfos, sostienen el palenque en Roma otros atletas de no menor valía. **Pradilla**, cuyo solo nombre es una apoteosis para vosotros, que tan recientes tenéis en la memoria los ecos de sus triunfos, en la patria y fuera de la patria; alma concentrada y templada al calor de una laboriosa juventud; pensador y trabajador incansable ante el libro y el modelo, que si en su edad primera nos ha pasmado á todos con sus extraordinarias facultades, bien nos deja adivinar cuánto podemos esperar de su edad madura, con el dominio de los procedimientos técnicos á que ha llegado, puestos al servicio de su alta inteligencia y de su noble ambición. **Villegas**, uno de los contemporáneos del gran **Fortuny**, de quien aprendió el maravilloso mecanismo y la ejecución infinitamente hermosa, que,— asimiladas á su privilegiada organización de pintor, fantástica y soñadora, dotada de inextinguible sed de estudio,— nos han producido uno de los maestros más afamados de toda esta rica familia de pintores. **Palmaroli**, mi digno sucesor en la Academia del Janículo, que, con flexible y claro talento, ha adaptado siempre los vuelos de su ingenio al movimiento de transformación del arte, manteniéndose en todos tiempos entre nuestros primeros pintores, por la seriedad de su educación primera y por la romántica y peculiar alma de artista de que está dotado. Allí está **Luna**, y allí se educó, respirando en el

progreso de todos el aliento varonil con que su fantasía concibiera y su mano ejecutara, con rudo empuje, el *Spoliarium*, página que sólo puede engendrarse y realizarse bajo los pórticos del *Palatino* y entre las titánicas ruinas del *Colosseo*, pobladas aún de fantasmas del pasado. Allí está también **Moreno Carbonero**, el mágico pintor de *San Francisco de Borja*, á cuya gloria bastaría el misterioso cadáver de *La Emperatriz*, de tan poética inspiración y aquellos accesorios que la rodean, ejecutados con la elegancia de *Tiépolo*. Allí están **Sennet** y **Barbudo**, revelados recientemente á la admiración de todos por sus hermosos cuadros *La vuelta de la pesca en Nápoles* y *La última escena de Amlet*. Y allí tenemos cultivando un arte de menos trascendencia, pero no menos hermoso ni menos digno de atención, ingenios como **Benlliure**, **Luis Alvarez**, **Valles**, **Tusquêts**, y tantos otros.

Pues ahora, completemos el cuadro con la colonia de Madrid, que no es menos numerosa que las otras, y que cuenta con pintores que no ceden el paso á todos (1). Tenemos en **Sala**, una de las paletas más castizas de la gente española; espíritu que vive de sus propias convicciones y de sus propias ideas; apasionado de los efectos y de la realidad, hasta parecer desdeñoso del ideal, buscando con tenaz perseverancia la verdad desnuda á la manera de los modernos realistas, cuyos principios absolutos no han arraigado jamás entre nos-

---

(1) Algunos cambios de residencia de nuestros pintores, han alterado posteriormente en detalle, la agrupación en que aparecen en estos apuntes, escritos en Diciembre de 1884.

otros. Tenemos á **Muñoz Degrain**, á quien, por pintar entre nosotros,—aunque no resida en Madrid,—debemos un puesto de honor y cortesía en esta agrupación: Muñoz Degrain, el *Delacroix* español, colorista dramático, apasionado de los efectos pictóricos y de las grandes sensaciones realizadas con potente y febril inspiración. Tenemos á **Ferrant**, naturaleza bondadosa y dulce, que se engrandece con la paleta en la mano é imprime en sus obras la robustez briosa y pintoresca de su feliz organización artística, completada con el asiduo estudio del arte en sus varios procedimientos. **Dominguez**, trabajador ardiente y de múltiples facultades, que consagra actualmente su talento á la pintura mural y decorativa, en cuyo género está realizando obras de superior encanto en los ricos hoteles que, para honra de sus propietarios, empiezan á decorarse en España. **Plasencia**, pintor de fogosa intuición artística, de cuyas grandes facultades conservará memoria el Templo de San Francisco el Grande, juntamente con las obras y los nombres de otros ilustres pintores. **Vera**, cuya última feliz transformación produjo grata y general sorpresa. Y tenemos á **Hernández Amores**, á **Martínez Cubells**, á **Jovér**, á **Ramírez**, y tantos otros pintores de talento, cuya enumeración fuera prolija, y que cultivan el arte en variedad de tipos y de fases. Y finalmente—y para terminar esta reseña, que tal vez os parezca larga, por más que á mí me parezca corta, según los nombres y los méritos que van agolpándose en mi memoria,—tenemos una dignísima representación de la pintura en otros distintos géneros. **Hæs**, á cuya iniciativa se debe la transformación del estudio del paisaje entre nosotros y la ma-

nera de ver sus efectos y sus formas en modo á la vez simpático y sincero; pintor fecundo, que, á más de multitud de obras, ha sabido formar numerosos discípulos, entre los cuales descuella **Morera**, que, heredero de las facultades del maestro, mezcla además en sus cuadros algo de su personalidad juvenil y distinguida. Tenemos en **Yuste**, la revelación de un gran pintor de paisaje y de marinas: y en **Gomar** y en **Espina**, representantes de otras tendencias diferentes en el estudio de la naturaleza; como en **Gonzalvo**, hallamos un pintor de interiores de relevante mérito y de legítima fama, consagrada por una vida abundante de trabajo: y en **Jessa**, un pintor de flores y de naturaleza muerta, de exquisito gusto y de tan bella ejecución, que no conozco en su género pintor que le supere.

Decidme, pues, señores: ¿No experimentáis un legítimo sentimiento de orgullo ante este floreciente estado de la pintura española, que cultiva todos los campos, desde el elevado y severo de la Historia — maestra de las multitudes, cuya educación completa y cuyo espíritu enaltece, por la representación de los grandes sucesos y de los grandes héroes del pasado, — hasta los cuadros de costumbres populares y los de la vida íntima, con sus ternuras y con sus cómicos encantos, y las escenas y los tipos de épocas y pueblos diferentes, tratados siempre con la riqueza de gesto y colorido, y con el donaire y fantasía peculiar de nuestra escuela? — ¿Y no os inspira simpatía y respeto esa larga y noble serie de talentos que dentro y fuera de la patria honran el nombre español, determinando una soberanía en medio de nuestro general enflaquecimiento? — Y tened en cuenta, que en

esta enumeración de méritos y de nombres, he comprendido tan sólo á la que pudiéramos llamar la joven generación; separando, de intento, los de los insignes pintores que fueron nuestros maestros, porque no me tachéis de apasionado en las altas apreciaciones que de ellos forzosamente hiciera.

Temo fatigaros, señores, y para terminar estos apuntes, permitidme tan sólo que os recuerde, en breves frases, un hecho de grande influencia en el arte español contemporáneo.

Corrían para nuestra patria tiempos azarosos por el año 1873, y la gran voluntad y las altas dotes de gobierno del gran patricio que entonces nos gobernaba, en medio de las grandes preocupaciones y de las grandes responsabilidades que agobiaban su espíritu, atento principalmente á encadenar el vendaval de desdichas que pesaba sobre España, tuvo tiempo todavía y atención bastante para crear un Instituto artístico, que había de titularse *Academia de Bellas Artes de España en Roma*; y este Instituto que creara la Revolución por la mano de su más ilustre apóstol D. EMILIO CASTELAR, fué luego consagrado y mantenido por D. ALFONSO XII, el rey ilustrado y caballeresco que hoy se sienta en el trono; y halló, además, en todas las situaciones que se fueron sucediendo y en la cultura de todos los ministros de Estado, sus jefes superiores, la protección necesaria á su existencia: tal es, señores, el privilegio de las instituciones útiles.

Llamado á dirigirla el inolvidable Rosales, elegido con singular acierto y arrancado á nuestra admiración en la hermosa edad de los triunfos, fué designado yo para llevar á cabo su organización, y si movido de mi cariño

casi paternal y del interés con que la miro,—habiéndola consagrado tantos años y tantos desvelos,—abuso de vuestra benevolencia, os pido que me perdonéis: seré breve.

La Academia de España en Roma se asienta sobre el *Janículo*, en el histórico monte *Montorio*, dominando á Roma y sus llanuras en modo tal, que desde sus balcones podéis estudiar la historia del gran pueblo, escrita á vuestros piés en monumentos vivos, desde el *Vaticano* al *Túsculo* y desde el *Monte-Mario* á las paludas de *Ostia*. Sobre la alta colina, y rodeado de anchas rampas y pintorescos jardines, se levanta el espacioso edificio, mitad palacio y mitad castillo feudal, que contiene en sus muros cómodo alojamiento y cuanto es necesario á la vida y al estudio del director y de los pensionados: completando el conjunto de aquella construcción y hermoseándola, y como dándola sello de santidad, se levanta allí noble y sencillo el templete del *Bramante*, en el sitio mismo en que la tradición cristiana cuenta que fué crucificado el apóstol *San Pedro*, al lado del rico y severo templo de *San Pietro in Montorio*, fundado por la piedad de los Reyes Católicos. Y en este centro afortunado y en esta atmósfera solemne de recuerdos, cuya serenidad no turba el rumor de la ciudad vecina, es donde nuestros jóvenes artistas están llamados á templar su espíritu y á robustecer su talento, para continuar las tradiciones que en Roma ha dejado nuestra Academia, en su primer período, ilustrado por artistas cuyo recuerdo me envanece al pensar que tuve la fortuna inmerecida de ser su director, al mismo tiempo que su camarada de estudio; pues allí se formaron unos, y otros, maduros ya, ampliaron los

horizontes de su saber: arquitectos como **Aguado**, **Amador** y **Alvarez**; pintores como **Pradilla**, **Ferrant** y **Plasencia**; músicos como **Zubiaurre**, **Chapi** y **Bretón**; y escultores como **Bellver** y **Oms**: nombres que merecen inscribirse sobre aquellos muros para ejemplo de unos y para satisfacción de todos; que con tales artistas y con el himno de sus obras ha correspondido la Academia de Roma á los nobles propósitos que la crearon y la mantuvieron; siendo su misión en el porvenir clara y determinada, la de encauzar el arte separándole de las corrientes utilitarias y triviales adonde le arrastra el mal depurado gusto de muchos de los modernos Mecenas y del ignorante vulgo, y la de guiar al artista con sus tradiciones y con sus estímulos, y, por el ambiente moral en que vive, á las elevadas y puras regiones del arte, que para eso la ha colocado el destino á la sombra protectora de los gloriosos nombres de **Isabel** y **Fernando**, símbolo de espléndidos tiempos y de anhelos sublimes, para que los artistas tengan siempre grabados en la mente y en el alma y sirvan de inspiración á su fantasía, los levantados y santos ideales con que tan grandes Reyes completaron la unidad de nuestra patria y la concentración de todas las fuerzas nacionales, llamadas á realizar una grandeza y una civilización esencialmente españolas.

Y ahora, señores, ante el espectáculo de estos hechos y de estos prestigios, decidme: ¿Si un día, sacudiendo su melena el León, se aprestara á restaurar sus pasadas grandezas, por un esfuerzo de su voluntad soberana, no imposible; si un día, magnates y poderosos, y todas las nobles fuerzas de este pueblo varonil, en cuyo seno vibran

aún los ecos del pasado, cansado de esta existencia trivial, sin entusiasmos ni grandezas y cansado de este infecundo pugilato de la política menuda, en que agota sus fuerzas, sacudiendo sus miembros entumecidos, se despertara á vivir la vida de las ideas y del trabajo fecundos y regeneradores; comprendéis qué poderosa palanca encontraría en esta fuerza activa y en este talento de nuestros pintores, agrupados dentro de la patria?—Pues figuráos cómo esta agrupación de artistas, respirando nuestro ambiente, é inspirándose en nuestras costumbres y en nuestros ideales, habría forzosamente de crear un arte genuinamente español, robusto y personal, que doblaría sus fuerzas de atracción al doblar su sello individual; y figuráos su influjo sobre las otras artes hermanas, de las cuales—á su vez—recibiría inspiración y calor; y figuráos sus maravillosos efectos en el progreso del trabajo y de la industria, y en las costumbres públicas, entre nosotros tan rudas y tan sedientas de adelanto. Los amantes del arte y los negociantes extranjeros, que hoy absorben casi toda la producción de nuestros pintores, vendrían en peregrinación á Toledo ó á Sevilla, centros dignos de nuestra Escuela nacional, á dejarnos, en cambio de nuestros cuadros, los cuantiosos recursos que hoy son el provecho de otras naciones; y con estos medios y con nuestra iniciativa, nosotros crearíamos y enriqueceríamos el complicado arsenal de elementos que facilitan y completan la obra del pintor, dando vida á otras industrias y á otras gérmenes de riqueza, entre nosotros ignorados y explotados por pueblos de más feliz estrella: la cultura nacional se transformaría, merced á la atmósfera de belleza y de idealidad que irradian espontáneas de todo centro pode-

roso de arte, por la educación del sentimiento, motor esencial de las ideas elevadas y de las grandes acciones; y, por fin, nuestros artistas coronarían la obra regeneradora, por todos iniciada, con el esplendor con que las artes doran la diadema triunfal de la civilización, resucitando para nuestra patria los gloriosos tiempos de la inmortal *Florenxia de los Médicis*.

HE DICHO.

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. JUAN FACUNDO RIAÑO



## SEÑORES:

Desde el momento en que los pintores italianos de los últimos años del siglo XIII rompen los moldes tradicionales de la escuela bizantina, se inaugura un movimiento vigoroso de progreso, que persiste sin interrupción y prepara, después de notables y justísimos triunfos, la era más brillante que recorre la pintura desde los tiempos clásicos. Vivas están, y con harta razón proclamadas como eternos modelos de belleza, las obras de **Rafael**, de **Miguel Ángel**, de **Ticiano**, y de los insignes profesores que inmediatamente los preceden ó los siguen: grandeza del pensamiento, hermosura de la forma, valentía en las composiciones, purismo en el dibujo, son cualidades que se reconocen sin violencia en aquellos maestros; y como término y corona de tantas perfecciones, la escuela veneciana establece también entonces los verdaderos principios de la perspectiva aérea, abriendo nuevos y dilatados horizontes á la técnica de la luz y del color.

Tales y tan soberbias conquistas del Renacimiento de la pintura no se perpetúan por desgracia, porque es ley común de la historia de la civilización humana, que la postración y el desaliento sucedan á los arranques poderosos; que la originalidad y las fuerzas productivas se agoten, pasados esos períodos en los cuales genios superiores levantan el nivel de la ilustración á extraordinarias alturas, y transcurrida la época de glorias, sin terminar aún el siglo XVI, aparecieron claros los vestigios precursores de la decadencia. Cientos de pintores, algunos dignos de sinceras y merecidas alabanzas, se afanaron por extender en toda Europa las tradiciones de los grandes maestros italianos, y con más ó menos éxito, con mejor ó peor criterio artístico, prolongaron de este modo su tarea hasta casi los primeros años del siglo presente, en cuyos días se inicia en la pintura otro nuevo y especial florecimiento.

La escuela moderna, unas veces romántica y ecléctica en ocasiones, siguió pronto un derrotero más concreto y en armonía con los ideales prácticos de nuestros tiempos, manifestando inclinación decidida hacia la copia de la naturaleza y de la vida real. No era nuevo el sistema: lo emprendieron con éxito los antiguos pintores venecianos y germánicos, y lo perfeccionó como ninguno el inmortal Velázquez, ese gigante del color, del tecnicismo y de la perspectiva aérea. Que las tendencias naturalistas de hoy, cuando aparecen mal interpretadas, arrastran sin querer y conducen á realismos exagerados ó prosáicos; que se prestan á reproducir verdades sin fantasía ni inspiración alguna, son hechos que la experiencia nos enseña de continuo; pero que al propio tiempo, y hábilmente

manejado el sistema por insignes personalidades, alcanza laureles merecidos, también es hecho claramente demostrado, y con ventajas positivas para el lustre de la nación española, que se lisonjea en la actualidad de poseer pintores cuyos nombres esclarecidos publica por todas partes la fama.

Entre ellos distingue la crítica nacional y extranjera, con infinitas demostraciones de aplauso, á D. José Casado del Alisal, elegido para que ocupe entre nosotros plaza de número, y á quien tengo la honra en este día de presentar á la Academia.

Artista de inteligencia privilegiada, el Sr. Casado ha conseguido imprimir á sus numerosas creaciones el sello indeleble de la originalidad: sus obras constituyen una serie permanente de bellezas, sentidas y expresadas con la espontaneidad del que cuenta con sobradas dotes naturales, y del que se asimila sin esfuerzo y refleja con exactitud la manera de ser y de pensar de nuestro siglo en materia de arte. La elevación de espíritu, lo poético, lo correcto, lo distinguido, se transparentan en sus lienzos como inclinaciones forzosas de perpetuos ideales: jamás han guiado sus pinceles sentimientos prosáicos; nunca ha menoscabado su talento lo rastroso y mezquino. Llevado de su inspirada fantasía ha recorrido con envidiable éxito el dilatado campo de la pintura, ya reproduciendo los grandes episodios de nuestra historia patria, ya dando vida y animación al retrato, á los tipos, á las agradables manifestaciones de la naturaleza, ó á las escenas de género y costumbres. Sus cuadros, tan conocidos, tan simpáticos y tan populares dentro y fuera de España, excusan de entrar ahora en nuevas apreciaciones críticas:

todos recuerdan entre ellos las inspiradas figuras de *don Fernando* y de *Los Carvajales*; los hermosos grupos de personajes de *Las Cortes de Cádiz*, de *La Batalla de Bailén*, ó del *Juramento de D. Amadeo*, y aún resuenan todavía las alabanzas de *La Campana de Huesca*, honra de la moderna pintura española. En estos como en todos hallaremos siempre el propio encanto del color, las mismas felices condiciones de fondo y forma.

No se limitan á esta fecunda esfera de trabajos los méritos del artista. Nombrado Director de nuestra Academia de Bellas Artes en Roma al punto de crearse, y reelegido al terminar el tiempo reglamentario, el señor **Casado** consagró por espacio de ocho años consecutivos todas sus energías á la patriótica empresa de organizar primero, y de perfeccionar después, el régimen de aquel importante establecimiento. Las molestias de plantearlo, las luchas, las dificultades, los obstáculos vencidos, sólo pueden compararse con el favorable éxito de sus gestiones, que públicamente declaran los alumnos pensionados, y que con elocuentes pruebas testifican los resultados obtenidos. Quien á estos timbres añade los de la cátedra que tan acertadamente desempeña, bien puede lisonjearse de haber prestado especiales beneficios al arte y á su enseñanza.

Ha merecido el Sr. **Casado** honrosas distinciones, que merecen declararse, y todas ellas relacionadas con sus trabajos. Obtuvo, mediante oposición, el premio de pensionado en Roma, y á este siguieron dos medallas de oro ganadas en Exposiciones generales. Atendida la prescripción del Reglamento, que prohíbe conceder mayor número de medallas á un solo individuo, fué conde-

corado con dos grandes cruces por importantes obras de arte producidas posteriormente. Enviados sus cuadros á las Exposiciones universales de Munich y de Viena, consiguió en ambas la medalla de oro y del Estado; debiendo consignar que no existía más alta recompensa en aquellos concursos; así como también que las propuestas dependían de Jurados internacionales: en uno y en otro país se votaron por unanimidad los dos únicos y primeros premios de semejante categoría que en cada cual se concedieron para España. Obtuvo, además, el Sr. Casado, la encomienda de número de Isabel la Católica, pedida expresamente por las Cortes: fué nombrado pintor de Cámara por S. M. la Reina Doña Isabel II: nuestra Academia le dió título de Correspondiente, y ganó en concurso la cátedra numeraria que hoy desempeña. A tan justificadas muestras de consideración, hay que agregar dos honorosísimas: la corona de oro costeadá por suscripción nacional que en 1881 le dedicaron sus compañeros y admiradores, y la ley votada en Cortes mandando adquirir por cuenta del Estado su último cuadro *La Campana de Huesca*.

Creo, señores, interpretar los deseos de la Academia, manifestando públicamente su verdadera satisfacción al dar hoy la bienvenida á tan distinguido é ilustre compañero.

Con la competencia que de derecho corresponde al Sr. Casado, expone en su Discurso interesantísimas consideraciones sobre la pintura española moderna. Parte integrante él mismo, y colocado en la primera línea del vigoroso florecimiento, debemos estimar en mucho sus observaciones; porque discute con experiencia propia,

con frase elocuente y persuasiva, y con la espontánea sinceridad que todos le reconocen. De esta manera ensalza á los que guiados de las nobles tradiciones del arte son honra de su país; vitupera á los que rebajan sus dotes naturales y emprenden caminos extraviados, y se duele amargamente de aquellos que prefieren á sus hogares la vida errante y sin patria del otro lado del Pirineo. La emigración voluntaria de tantas inteligencias, que interrumpe la unidad del conjunto, obliga á preguntar con interés al nuevo Académico: ¿obedecerá este hecho á leyes que permitan razonarlo?

Séame lícito discurrir brevemente sobre esta pregunta, uniendo mis quejas á las muy sentidas del Sr. Casado; porque del producir y brillar nuestros pintores fuera del reino, se sigue que personas y establecimientos más afortunados que nosotros adquieren sus obras, privando para siempre al país del fruto de sus hijos beneméritos. Merece estudiarse el fenómeno, que sin duda alguna responde á poderosas corrientes sociales, cuya dirección no es fácil ni quizá posible torcer.

Para alcanzar el resultado apetecido de la integridad de la escuela; parece condición indispensable que el desarrollo de la pintura moderna procediese de un movimiento espontáneo y propio dentro de la Península, en virtud del cual, y apoyándose en las tradiciones artísticas españolas, hubieran surgido aquí las nuevas ideas de acuerdo con los criterios y en relación con los sistemas progresivos de la época. Era indispensable también, que el estado de la cultura respondiese al impulso acometido; que la educación, el amor al arte, y los medios materiales, concurrieran á estimar las obras en términos conve-

nientes, asegurando el trabajo de sus autores dentro de los límites del territorio. No han sido estas las circunstancias que han motivado el florecimiento de nuestra pintura: los efectos que apreciamos hoy deben razonarse de diferente manera.

Nadie ignora el estado de abatimiento moral y material á que nos veíamos reducidos, pasados los veinte ó treinta primeros años del siglo presente. Terminaba entonces la escuela tradicional española con la muerte del fecundo Goya, y la pintura llamada clásica, sucumbía también á los rudos golpes del nuevo género romántico que se levantaba vigoroso y potente. Las dos escuelas se parecían en la manera de fundar sus ideales: las dos recurrían para ello á determinados, aunque distintos, períodos históricos. Grecia y Roma constituían el campo de la una: la Edad Media el objetivo de la otra, y ambas manifestaron un lamentable desconocimiento de las mismas épocas que intentaban ilustrar y reproducir. Existía, sin embargo, y bajo otros aspectos, notable diferencia entre ellas; porque los clásicos del siglo pasado y del presente, desarrollaron un arte con mayores condiciones de erudición que de fantasía, mientras tanto que los románticos se presentaron con inspiración más sentida; sobrándoles la fe y el valor para obtener la victoria en aquella cruzada intelectual.

La idea de dominar y de vencer á la escuela clásica, tan profundamente arraigada en toda Europa, no era empresa susceptible de llevarse á término por un solo país; resultando que todas las naciones, cuál más, cuál menos, aportasen su contingente de trabajo artístico para destruir lo que la crítica de aquellos tiempos consideraba

como enemigo común. Los esfuerzos unánimes, en lo que respecta á la pintura, tendieron á establecer un centro de acción destinado á regularizar y dirigir los impulsos parciales. Italia contaba para este caso, y por derecho propio, con sus tradiciones y sus elementos educativos: Francia con su posición geográfica y su núcleo de artistas, más simpáticos y más populares que los de otros reinos: Munich, Berlín y Dusseldorf ostentaban obras importantísimas en el sentido de las ideas que dominaban; pero Roma, y París especialmente, acabaron por compartir el cetro de la pintura, acentuándose poderosamente el movimiento de reforma en una y en otra localidad.

No tardaron los artistas españoles en abandonar la madre patria para incorporarse y tomar parte activa en aquella especie de concierto europeo; y aún ocupan por fortuna sus sitials en esta Academia algunos de los preclaros maestros que consiguieron importar las nuevas enseñanzas, ilustrando á sus discípulos con la teoría y con el ejemplo. De análoga manera comenzaron más tarde su educación artística los más de los pintores que celebra en su Discurso el Sr. Casado, y cuáles hayan sido los efectos, lo dice claro la admiración que producen sus obras. Hoy, que nos hallamos tan cerca de los hechos, apreciamos sin dificultad este movimiento de importación; distinguimos el proceso seguido desde que se inicia; señalamos las personas que han intervenido en las reformas, y juzgamos, con los productos á la vista, del mayor ó menor alcance de los resultados finales; pero este mismo caso se ha repetido en otros tiempos, y nunca será ocioso recordarlo, pues presenta las condicio-

nes de un canon constante en la historia de nuestra cultura.

Porque en circunstancias parecidas, y en donde es posible el estudio de los sucesos que se relacionan con la civilización española, cabe afirmar que en ninguna época han procedido de nuestro suelo los primeros impulsos encaminados á modificar formas artísticas establecidas y propagadas en Europa. A ello se han opuesto, no la carencia de facultades intelectuales de los españoles, que sobradas pruebas existen de haberlas poseído, sino las vicisitudes de su vida pública y privada en los diversos tiempos, y hasta la misma posición geográfica de la Península, alejada de la competencia inmediata con los grandes centros productores. Durante la Edad Media absorbe principalmente nuestra energía la empresa de recobrar el territorio ocupado por los musulmanes; y, prescindiendo de la ímproba tarea de la reconquista, la división de las provincias cristianas en pequeños estados independientes, sin las tradiciones artísticas de otros pueblos, ni contacto bastante con las potencias interesadas en el progreso de la humanidad, constituía una situación poco favorable para tomar la iniciativa en las transformaciones radicales de las ideas. No es de extrañar, por ejemplo, que las formas arquitectónicas adoptadas en Europa desde el siglo XI al XVI, se reciban en nuestra nación íntegras del extranjero; si bien es cierto que no tardan en arraigar y producir la espléndida serie que poseemos de construcciones románicas y ogivales que todos conocen y admiran.

Cuando á fines del siglo XV aparece aquel portentoso renacimiento del saber humano, España era sin duda

alguna la nación más favorecida de la suerte: contaba, entre otras ventajas, con la unidad religiosa y política, y poseía un nuevo mundo al otro lado del Atlántico. Si en alguna época de nuestra historia hemos tenido derecho á intervenir como adalides en la civilización europea, ninguna más al propósito; pero Italia había desplegado tan envidiable actividad desde los tiempos del Dante, presentaba tal número de precursores del Renacimiento, acometía empresas tan gigantescas, y realizaba tales prodigios en la esfera de la ilustración, que la Europa entera se declaró vencida y tributaria de sus adelantos. España siguió el mismo criterio que en los siglos anteriores: recibió las enseñanzas de fuera, y, una vez aclimatadas, fructificaron como siempre al calor de las grandes cualidades artísticas de los españoles.

Estimados estos precedentes como factores constantes en la cuestión de orígenes artísticos, se facilita la discusión del fraccionamiento de la escuela moderna de pintura, y se ilustra mayormente, recordando las obras de nuestros antiguos maestros, y comparándolas con las de ahora, bajo el concepto exclusivo de los móviles que han impulsado á producirlas. Cierto es que, al contrario de lo que ocurre hoy, los artistas de los siglos XVI y XVII pintaban en España ó para España sin dar ocasión al fraccionamiento del conjunto; pero las dos direcciones, por opuestas y separadas que resulten á primera vista, obedecen, sin embargo, á la misma ley, y se fundan en idénticos principios; que no son otros, sino aquellos que se imponen en todo tiempo á los productores por la necesidad de acomodarse á las consecuencias ó á las alternativas del mercado.

No consiste el mercado, y mucho menos tratándose de trabajos artísticos, en el mero accidente que afecta al valor material de las obras, ni hace falta aquí descender á prolijos pormenores que justifiquen la teoría; porque este valor, que se sujeta á reglas fijas en los casos comunes, no obedece á principios estables cuando se refiere á los productos de la inteligencia. Causas ajenas á la idea del precio intervienen poderosamente, y alteran las circunstancias ordinarias de semejantes transacciones; pero, aparte de la mayor ó menor utilidad que bajo tales conceptos pudiera conseguir el artista, el mercado representa para él la vida del trabajo, el estímulo, la lucha, la competencia, el desarrollo, en suma, de su actividad y de sus esfuerzos. Suprimid esos focos de concurrencia y presenciareis el abatimiento, el marasmo y la muerte. No es nuevo ni extraordinario, por lo tanto, que los pintores de todos los tiempos y países hayan acudido presurosos al calor de los grandes centros, acomodándose á sus exigencias ó á sus ventajas.

Durante la dominación de la Casa de Austria, era inagotable el celo de las corporaciones eclesiásticas para llevar al recinto de los templos cuanto en la esfera de las bellas artes se producía. Con la Iglesia competían los Reyes, los cuales imitaban además en sus costumbres y aficiones la vida elegante de las fastuosas cortes italianas, redundando siempre en generosa protección á los artistas y á sus obras. Y por último, los magnates y personas acomodadas, inclinados por la devoción, por sus tendencias, ó por otro género de estímulos, acudían solícitos de igual manera en busca de los auxilios del arte. Jamás ha logrado la pintura en España tiempos más feli-

ces. El organismo entero de aquella sociedad concurría á favorecer á nuestros pintores, á ligarlos con fuertes lazos dentro de la localidad, á impedir por todos los medios la exportación de sus trabajos; más aún: las exigencias del consumo eran superiores á la producción: fué necesario ampliar los límites del mercado á la concurrencia extranjera, y vinieron aquí con semejante motivo famosísimos profesores de Italia y de Flandes.

Hoy han cambiado los tiempos. La Iglesia no se halla en condiciones, como en los siglos pasados, para representar el primero y más eficaz protector de la pintura. La devoción de los particulares que coadyuvaba á los mismos fines, se inclina en la actualidad á otras esferas de acción, muy filantrópicas sin duda, pero separadas del arte. Los magnates, las clases acomodadas, que entonces competían en los pedidos de obras con los grandes poderes del Estado, no demuestran ahora aquella tendencia; porque sucede, que ciertos refinamientos, que constituyen fuera de España imperiosas necesidades de la vida moderna, no han entrado aún de lleno en nuestras costumbres, y, por más que señalemos excepciones honrosas de la regla general, así el Gobierno como las personas que favorecen el desarrollo de la pintura no bastan á consumir el abundante fruto de nuestros artistas. Con envidiable elocuencia acaba de exponer el señor **Casado** análogas consideraciones; significando que el mercado acusa deficiencia de la demanda, y tiende naturalmente á establecer su nivel; de aquí que los pintores, que encuentran abundantes medios de compensación en el extranjero, los utilicen en beneficio propio, dando lugar al fraccionamiento. Sería grandísima fortuna ver imi-

tado el ejemplo que ofrecían en el sentido protector los siglos XVI y XVII; pero mientras tanto que la ilustración no se extienda á límites mayores, los artistas continuarán persiguiendo en Roma, París y Londres, el ideal práctico de lo que es ley universal de la ciencia económica. El caso no es único ni nuevo en la historia de las bellas artes. Lo reconocemos idéntico en los profesores griegos, escultores, pintores, cinceladores, mosaistas, que abandonan su patria para establecerse en la Roma de los triunviratos y de los césares: lo distinguimos en los arquitectos del Asia menor, y de otros lugares del Oriente, que llevan el procedimiento de las construcciones bizantinas á Constantinopla y á Ravena, y lo encontramos en la masa flotante de obreros, modelos de inteligencia, que edifican las iglesias románicas y ogivales de los tiempos medios.

En ninguna época, sin embargo, hallaremos ejemplos más eficaces que en la historia de los antiguos pintores germánicos, ni que ofrezcan tantas analogías con los hechos que se discuten. No tuvo Alemania en el siglo XVI artistas que superasen á **Durero** y á **Holbein**, las dos estrellas resplandecientes de aquella escuela: hoy se ignora si **Alberto Durero** pintó para el emperador de Austria más cuadro que su retrato, y no consta que alguno de tantos príncipes contemporáneos, salvo el elector Federico de Sajonia, se acordase jamás de sus pinceles. Así se justifica que intentase pasar el mayor tiempo posible de su vida en las ciudades de Venecia y de Amberes, donde encontraba facilidades y distinciones que no le era dado obtener en su tierra. En **Holbein** registramos otra historia parecida: tampoco han logrado

averiguar los eruditos si hubo príncipe alemán que le encargase obras. El pintor se vió obligado á emigrar, primero á Suiza, y á Inglaterra más tarde, acabando su vida en Londres; en cuyo reino muere también un siglo después el belga **Antonio van Dyck** como pintor de cámara del desdichado rey Carlos I.

Los pintores de aquellos países que por entonces vienen á España son infinitos: **Jerónimo Bosco**, **Juan Cornelio Vermeyen**, **Pedro de Campaña**, **Antonio Moro**, **Miguel van Coxcyen**, **Juan de Flandes**, **Francisco de Amberes**, y otra multitud de ellos, cuya lista de nombres pudiera acrecentarse considerablemente si hiciera al caso; pero baste consignar á nuestro propósito, que de tal manera vivían alejados de su patria, que cuando los modernos autores alemanes ó belgas escriben sus biografías no añaden un solo pormenor á las noticias publicadas de antemano por los escritores españoles. Y ved, señores Académicos, cómo se cumplía forzosamente en aquellos siglos la ley económica de la misma manera que se cumple hoy: ved cómo los pintores germánicos, superiores bajo el punto de vista de sus productos á las exigencias artísticas de Alemania, Bélgica y Holanda, buscaban discretamente el consumo, y se establecían á la sombra de las corporaciones eclesiásticas españolas, de la casa real ó de los nobles. Porque el deseo de adquirir, por grande y justificado que aparezca en las naciones, no basta por sí sólo para determinar lo que en la ciencia se llama la demanda efectiva. Hay precisión absoluta de unir al deseo los medios materiales de satisfacerlo: hay que transformar en necesidad activa los sentimientos, las aficiones ó los propósi-

tos que giran exclusivamente en el estrecho círculo de la pasividad.

Si apartamos la vista del Oriente y del mundo clásico, sólo encontraremos un pueblo que haya conseguido realizar en un momento de su historia los bellos ideales que discutimos. Sea porque la tradición artística se conservase tenazmente en Italia aun en los tiempos más oscuros de la Edad Media; sea porque sus ciudades compitiesen, como no hay ejemplo, en punto á considerar las obras de arte como atenciones indeclinables del Estado; sea, en fin, porque la tradición y la competencia encontrasen fórmula práctica en los instintos y en la actividad del pueblo, es lo cierto que desde Giotto hasta Ticiano los horizontes que recorre la pintura no tienen límites, los genios que aparecen no los iguala nación alguna de Europa. Y lo mismo los Pontífices que los magnates, grandes y pequeños, sin excluir clases ni posiciones sociales, alientan con sincero entusiasmo el vértigo de producir, se disputan la posesión de obras y de artistas, y consiguen que el conjunto de semejantes bellezas, se encierre dentro de las propias fronteras del territorio italiano.

Acabáis de oír la sentida invocación del nuevo compañero pidiendo que resuciten para nuestra patria los gloriosos tiempos de la inmortal Florencia de los Médicis. Ningún ejemplo, señores Académicos, más digno de ser imitado; ninguna empresa más noble para encaminar á ella todas las energías, nuestros esfuerzos constantes; bien sea propagando ideas, facilitando enseñanzas, popularizando conocimientos, ó bien inclinando la opinión, la crítica, las costumbres, al favorable y creciente desarrollo

del arte; que de esta manera llegará el día en que sean un hecho los levantados pensamientos del Sr. Casado, con grandísima satisfacción de cuantos nos interesamos en la mejora intelectual de todas las clases, única y verdadera fuente de prosperidad de las naciones.

HE DICHO.

